

Este texto se ocupa de la violencia y la niñez en los medios, poniendo atención en el abuso, la agresión y el atropello contra la infancia. No alude a las escenas de violencia que influyen en la conducta de niños y niñas sino a formas más sutiles: la violencia por reducción al espectáculo, por imposición de formas de vida, por trivialización, por exclusión, por silencio y por ignorancia. En este sentido, se pregunta qué se sabe de la infancia en los medios, y promueve el debate y el intercambio de ideas para profundizar en el tema y buscar alternativas. Finalmente, ofrece una serie de propuesta vinculadas a los Derechos del Niño en la Educación.

MEDIOS DE DIFUSIÓN COLECTIVA Y VIOLENCIA CONTRA LA NIÑEZ

Parto de una afirmación:

La infancia es el destino.

No añado argumentos para defenderla. Todos vislumbramos su posible alcance, aun cuando no estemos de acuerdo con ella.

Y parto de una segunda afirmación:

Toda violencia sembrada en la infancia, fructificará.

Tampoco la defiendo. Sobran comprobaciones en nuestras ciudades.

Esta ponencia se ocupa de la violencia y la niñez en los medios de difusión colectiva. Se ocupa, por lo tanto, del abuso, entendido como uso indebido, excesivo, injusto; de la agresión, entendida como acto contrario al derecho de otro, y del atropello, entendido como no hacer caso de ningún obstáculo. Se ocupa, entonces, de la violencia en tanto abuso, agresión y atropello cometidos y acometidos contra la infancia. Toda vez que use la palabra violencia, me estaré refiriendo al abuso, la agresión y el atropello.

No es mi propósito aludir aquí a la presencia de escenas de violencia en los medios de difusión colectiva, que podrían, y de hecho lo hacen, influir en la conducta de los niños. Ya mucho se ha hablado de esto y mucho se lo ha investigado. Se trata de la violencia explícita, fácilmente reconocible en programas dedicados a mercar golpeando a mazazos la sensibilidad ajena.

Me ocuparé de otras formas más sutiles, y no por eso menos eficaces:

- la violencia por reducción al espectáculo
- la violencia por imposición de formas de vida
- la violencia por trivialización
- la violencia por exclusión
- la violencia por silencio

→ la violencia por ignorancia

Aclaro: cuando hablo de medios de difusión colectiva me refiero sobre todo a la televisión (y dentro de ella a los llamados "programas ómnibus", esto es, a los que mueven grandes cantidades de niños y se apoyan en su actuación), pero no excluyo a los otros, en especial a los impresos. Y aclaro también desde ahora: reconozco la presencia de una creciente pluralidad de medios y de programas en muchos países latinoamericanos, pero la misma no se refleja en general en los materiales hechos para los niños, salvo algunas buenas excepciones.

La violencia por reducción al espectáculo

Los medios incorporan a su lógica todo lo que tocan. Y su lógica es precisamente la del espectáculo: hacer algo para que sea visto, para que atraiga, fascine. Ninguna excepción a esto cuando de niños se trata. Cuatro ejes son utilizados en esa reducción:

- los juegos
- la seducción
- la pureza
- el drama

Entramos en una primera, aparente, contradicción: ¿los juegos como acto de violencia, esto es, como agresión, abuso, atropello? Sí, los juegos como violencia. ¿Qué es jugar para los medios? Veamos cualquiera de los muchos espectáculos de la televisión:

- ⇒ Competir por una miserable mercancía: la gana quien se come más rápido un helado, quien llega primero a una meta, quien acierta con respuestas archisabidas, quien se viste de payaso, quien canta, quien baila, quien se arrastra entre obstáculos.
- ⇒ Batir de palmas desde los asientos o, en todo caso, hacer movimientos del cuerpo siempre en un mismo sitio (salvo los privilegiados que alcanzan a acceder al escenario).
- ⇒ Repetir las consignas cantadas (y casi siempre gritadas) por los adultos a cargo del programa.
- ⇒ Gesticular dirigido por los adultos (ahora debes hacer como que te duermes, ahora como que vuelas, ahora como que te asustas...).
- ⇒ Y otras por el estilo, pero no muchas más.

Se abusa del niño en esta gama limitada de juegos, dentro de un descubrimiento hecho hace ya años por los medios: es mucho más barato, y atractivo, poner a actuar al público, meterlo en el programa, siempre dentro de reglas muy claras. El niño no juega, se lo hace jugar al juego del espectáculo. Todo está en función de este último y, sobre todo, de dos elementos centrales: la publicidad y las conductoras. Detengámonos en el tiempo en que éstas y aquélla ocupan y restemos lo que le queda a los pequeños. Juego dirigido, entonces, planificado con fines distintos a su papel en la niñez. Prostitución del juego, perversión de su función vital.

La seducción figura en los programas de juego, sobre todo a cargo de las conductoras, pero donde más se la practica es en la publicidad. Hace unas décadas un genio maligno (o un conjunto de ellos) descubrió al niño como consumidor. El mercado pasó a ocuparse de éste y pronto fue incorporado a los anuncios. El esquema es siempre el mismo: el niño actor desde el mensaje trata de seducir a sus perceptores, y a la vez en el mensaje es seducido por la mercancía promocionada. Seductor-seducido, glorificador de mercancías, temprano ingrediente de un mercado que no hace caso de ningún obstáculo.

La pureza: el niño mostrado como el lugar de lo impoluto, de la alegría, de la belleza. El espectáculo del niño como sentido de la vida adulta, como ser nacido sólo para llenar de alegría la casa, para enternecer, para hacer sentir a los mayores lo que la lucha diaria les hace perder. Nadie discute la posibilidad de presentar ese lado de la vida, pero cuando el mismo aparece como el único, cuando se lo privilegia hasta ocultar al niño de cada día, tenemos derecho a preguntarnos si esas versiones no son una manera de tranquilizar conciencias, de ocultar tanta realidad distinta, tanta pureza e inocencia agredidas casi de manera cotidiana.

Y, por último, el drama: los niños de la guerra, de la calle, de los hospitales, de los atentados, de las inundaciones, de los desplazamientos forzados, de la miseria, del trabajo, de la explotación, de la muerte. A los medios les encanta ocuparse de ellos, exhibir sus heridas, acercar la cámara a sus lágrimas, perseguir minuciosamente sus miembros estragados por la debilidad, retratarlos al momento de aspirar un inhalante, hacerles decir al mundo lo excesivo de su sufrimiento...

El drama como espectáculo a nadie conmueve, eso lo sabe cualquier buen comunicador. ¿Exagero? Está bien, a veces conmueve, pero me atrevo a dudar de los móviles humanitarios de los medios al exhibir el dolor ajeno, sobre todo de aquellos que hacen del sensacionalismo su sistema de sobrevivencia en el terrible mundo de la competencia por el mercado de perceptores. Meterse con la vida ajena sólo para mostrarla, con el pretexto de conmover a los demás es una forma de abuso y muchas veces de atropello.

La violencia por reducción al espectáculo no es practicada sólo con la niñez, es inherente a la lógica de los medios. Las excepciones cuentan, pero como tales. Hay, entre tanta mediocridad, algunos programas que son como un poco de aire puro, pero sólo algunos.

Otra aclaración: no descalifico sin más todo espectáculo. En realidad el mismo ha sido siempre un elemento clave en cualquier cultura. Pero me rebelo precisamente contra la mediocridad, contra el manoseo de la vida ajena.

La violencia por imposición de formas de vida

No es éste el lugar para hacer un juicio a los medios de difusión colectiva. Pero vale la pena preguntarse por los modelos sociales que los mismos generalizan.

En algunos de nuestros países, Guatemala por ejemplo, hay agencias de cable con una oferta de alrededor de 50 canales. A menudo coinciden en más de la mitad de ellos programas de violencia explícita, de todos los signos imaginables: karatecas, superpolicías, monstruos, pandillas, boxeadores, guerreros en motocicleta, personajes salidos de la tradición del horror, tan característica de la humanidad. Y armas, de todo tipo de calibre, y maneras de quebrar una pierna, de romper el cuello, de desollar, de degollar, de atropellar, de aplastar... Algo debe quedar de esta continua lección: sólo por la fuerza lo lograrás, sólo por la fuerza lo lograrás.

Los niños seductores-seducidos colaboran también en esa imposición de formas de vida. Si desde los primeros años de vida veo a mis iguales en el colmo de la felicidad cuando consumen, terminaré al menos sensibilizado al consumo con una forma de felicidad. Y no estoy aquí alzando la voz en contra de todo consumo, con los viejos argumentos de las necesidades artificiales creadas por los medios. Pero no puedo dejar de reconocer la presencia de esas incitaciones como un modo de invitarte a ser, reaccionar y soñar de una determinada manera.

Va ligado esto a los modelos sociales, encarnados en personajes. Ninguna sociedad deja de difundirlos, por supuesto. La pregunta es por la persistencia de algunos en los medios, caracterizados por el exitismo, las soluciones mágicas, la astucia sin escrúpulos, la desconfianza, la violencia explícita, la competencia despiadada, la superficialidad de las relaciones. También esta persistencia de modelos puede dejar huellas.

La violencia por trivialización

Los puntos anteriores nos hablan de una terrible pobreza en la inmensa mayoría de los programas difundidos para y con los niños. Entre formar parte del circo de los medios y aparecer en el papel de seductor-seducido, se mueve el reducido péndulo de las posibilidades de hacer y ser que se ofrece a los pequeños.

Estamos ante un manoseo de la infancia, ante una reducción de sus posibilidades y, sobre todo, de sus necesidades. La pregunta es si la condición humana, la condición infantil, no dan para más en lo que a trabajo de comunicación se refiere.

Y no se trata sólo de reclamar en favor de los mensajes educativos. Se trata de reconocer la existencia de juegos de mayor creatividad y participación, de buscar alternativas a la violencia como forma de atraer, de respetar la vida y el dolor ajenos, de no usar a los pequeños como señuelos de las mercancías.

Las líneas vigentes son las más cómodas, las que menos esfuerzos piden a la imaginación de los productores, las que cualquiera puede encarar sin exigirse prácticamente nada. Lo trivial es un modo de violencia porque en el fondo constituye un atropello a las posibilidades y capacidades de los interlocutores, porque cierra caminos a la espontaneidad y la creatividad, porque homogeneiza grupos y edades diferentes, porque su preocupación no es el niño sino el mercado, la venta del programa, de sus estrellas y de las mercancías. Y no nos engañemos, en un horizonte de trabajo semejante, lo trivial tenderá siempre a perpetuarse.

La violencia por exclusión

Dos tipos:

- por exclusión de un tipo de niño
- por exclusión de la vida

Los niños de la calle no constituyen, es sabido, un bello espectáculo. Los niños de la miseria no hacen juego con el mundo de colores y de luces propios de los programas más difundidos por la televisión. Los niños del trabajo terminarían por ensuciar los escenarios, no quedarían bien al lado de las modelos poco más que adolescentes, tan blancas y perfectas... Todos ellos, la inmensa mayoría de los niños latinoamericanos (15 millones de niños y adolescentes luchan por sobrevivir en las calles, casi un millón de menores de 5 años muere anualmente, casi 80 millones son pobres y 7 millones padecen de una desnutrición que afecta su desarrollo físico y mental; unos 30 millones trabajan; sobre una población de 441 millones, América Latina tiene 181 millones de pobres, de los cuales 78 millones son menores de 18 años), todos ellos no son lo suficientemente limpios, nutridos, blancos, como para entrar al espectáculo.

¿A quién se le ocurre pedir algo semejante? ¿No están los medios para entretenernos, para ayudarnos a olvidar las diarias luchas, para hacer más llevadera la vida? ¿A qué traer a programas hechos para divertir el recuerdo de tales problemas sociales?

No pido nada. Sólo señalo el hecho: las numerosas "reinas de los niños" que han entrado a escena en los últimos años son reinas de ciertos niños y no de otros. El

espectáculo trabaja por exclusión, siempre lo ha hecho, y no sólo con los pequeños.

Y hay más: algunas de esas reinas crean, como parte del sistema publicitario, agencias de ayuda a quienes padecen la miseria o problemas de salud, por ejemplo. Pero se las promociona en el momento de la caridad, de la limosna, y jamás salen en fiesta de luces y colores con tales niños. El cinismo es también una forma de agresión.

E incluso con los incluidos, con quienes tienen el privilegio de acceder a ese mundo mágico, es practicada la exclusión. Cuando todo lo que puedes hacer es pegar saltos, aplaudir, competir, gesticular o bailar, cuando te fuerzan (lo sepas o no) a formar parte de una corte de admiradores, queda fuera mucho de tu vida y de tus posibilidades.

Me refiero a todo lo que un niño puede hacer, en música, en deportes, en invención, en teatro, en pintura, en letras, en técnicas, en imaginación; a lo realizable, como decía don Simón Rodríguez, "con tierra, madera y metales". Y a lo que puede hacer en el terreno del espectáculo.

Se me dirá que nadie discute esto, pero los programas aludidos no son el sitio apropiado. Y es cierto. No lo son porque su estricta lógica es la espectacularidad, la del gran show; todo está al servicio de ella y no del niño. Está bien, lo acepto: ése no es lugar. Pero entonces que no argumenten que están ahí para desarrollar la creatividad de los pequeños, para permitirles su libre espontaneidad, para abrirles la imaginación, para jugar con su fantasía.

Con una versión empobrecida de niño trabajan quienes lucran con la infancia. Están ahí porque resultó el negocio, de ninguna manera porque les interese la niñez.

La violencia por silencio

Dos modos de silencio también:

- el callar
- el acallar

Al primero ya me he referido: lo no dicho sobre la infancia, lo excluido. Los medios actúan por un inmenso recorte sobre todo lo que podría decirse. Resaltan algo aquí, lo espectacularizan, para dejar en las sombras enormes espacios sociales.

Detengámonos en el segundo. Un programa de tres horas de duración, dirigido por una animadora más atractiva para los adultos que para los niños, una animadora apoyada por un grupo de muchachitas con igual intento de seducción. Y niños, muchos niños. Prestemos atención al audio: la voz de la mujer todo lo

llena, todo lo explica, todo lo ordena. De vez en cuando se cede el micrófono a un pequeño para dejarle soltar unas pocas palabras, o a alguna de las nínfulas para que anuncie un producto. Y nada más. El discurso de los niños en esos programas consiste en gritos, en respuestas, en coreo de alguna canción.

Se habla (se vocifera mejor) para los niños, pero no con ellos. Los medios no dan cabida a la voz de la infancia, y cuando lo hacen es para aprovecharse de ella, para usarla, para explotarla. Me atengo a lo general e insisto en reconocer excepciones, pero estamos, en la gran mayoría de los casos, ante un interlocutor ausente.

Esta práctica de acallamiento, compartida también en gran medida por la escuela, es tan común, está tan socializada, que se la ve como natural. En realidad, los programas infantiles no son más que una caricatura de los dedicados a los adultos. En ambos casos el juego es el mismo: la voz del animador, la lucha por alguna mercancía, las pruebas de ingenio, los fragmentos de vida exhibidos para llamar la atención o para conmover.

Estamos ante una emisión privilegiada tan generalizada, tan presente en la sociedad toda, que difícilmente se la critica. Si el adulto acepta una situación semejante, ¿por qué no verla como de lo más natural cuando de niños se trata?

La violencia por ignorancia

Seré prudente al tratar este punto, sobre todo para evitar las generalizaciones. Pero la pregunta es inevitable: ¿qué se sabe de la infancia en los medios?

Aclaro: mucho en algunos casos. El premio de prensa de UNICEF en Centroamérica ha permitido identificar a colegas periodistas serios, comprometidos en la tarea de profundizar en la vida y las experiencias de los niños. Muchos profesionales son consultados e incluso colaboran periódicamente en distintos programas y publicaciones para orientar a padres y maestros.

Primera respuesta, entonces: hay quienes saben, quienes han asumido la responsabilidad de conocer a aquellos seres acerca de los cuales se dedican a hablar.

Pero aquí cabe una precisión: se trata en general de gente que habla sobre la niñez y no con la niñez. Esto no es ningún pecado. Hay mucho que decir sobre los niños para orientar a los adultos.

El problema está en quienes hacen programas para niños. Preciso entonces mi pregunta: ¿qué saben de la niñez quienes hacen programas para niños? ¿No estaremos, sobre todo en los programas ómnibus, ante personas que lo mismo los harían para ancianos, para deportistas, para amas de casa, para pilotos, para

soldados, para camioneros, para intelectuales, si se abriera en cualquiera de esas líneas una buena posibilidad de éxito?

Cuando uno ve contradecir los más elementales derechos de un niño en uno de esos programas, cuando ante un titubeo se llega a la humillación, cuando se plantean ejercicios imposibles para un pequeño de tres o cuatro años, cuando se pretende una respuesta de adulto, cuando todo se resuelve en gritos, saltos y gestos..., nos ampara todo el derecho a pensar que ni las animadoras ni los productores tienen la menor idea de lo que significan la infancia y sus sucesivas etapas.

Demos el beneficio de la duda. Pensemos que ciertas cosas se dan más por desconocimiento que por mala intención. Pero, de todas maneras, el desconocimiento es aquí sinónimo de irresponsabilidad.

Recuerdo una canción de las tantas con las cuales se bombardea a los pequeños. La estrella lanza todo un discurso contra la droga y el coro de nínfulas canta "Droga, droga, di no a la droga". Y recuerdo las palabras de un niño de cuatro años: "la droga es muy linda, muy linda". De la canción había quedado solo el corito, y en el mismo se repetía incesantemente "droga", en tanto que el "di no" pasaba desapercibido. ¿Una sola, siquiera una sola de esas canciones fue probada alguna vez con los pequeños a fin de comprobar lo que realmente les están dejando?

¿Qué hacer?

No tengo recetas.

Hay quienes piden: légísele, prohíbase, contrólese, no se permita...

No soy de éstos. Por caminos semejantes se ha llegado a sugerir la eliminación de la televisión de la sociedad.

Además, si hiciéramos un plebiscito para decidir sobre la permanencia de esos programas perderíamos de la manera más humillante. La gente está encantada con ellos, los niños participan de manera sana, no andan por la calle, no le hacen mal a nadie... Los medios tienen razón. Por allí pasa el gusto del público.

Está en juego aquí el concepto de niño. Nada más ni nada menos. Todas las formas de violencia denunciadas en esta ponencia no existen para la percepción de muchos adultos. Crecieron en convivencia con ellas, dentro de ellas, y así las repiten en la crianza de sus hijos. Y mucho menos existen para los productores y conductores de tales programas.

Por eso, vale la pena repetir:

La infancia es el destino, toda violencia sembrada en la infancia, fructificará.

Si manejamos un concepto de niño a contracorriente de la percepción más generalizada, nos queda el camino del debate, del intercambio de ideas, de la escuela, de los espacios donde se trabaja por la infancia y con la infancia, para profundizar en ese concepto y para buscar alternativas para la práctica. Tal vez el de los programas ómnibus para niños sea, por el momento, un ámbito imposible de abordar, por todo lo que está en juego desde el punto de vista económico. Pero los medios de difusión colectiva son mucho más que ellos y hay siempre caminos para un trabajo a partir de una percepción menos pobre, menos interesada de los niños.

Las urgencias, el deterioro de las condiciones de vida, han forzado a menudo a las instituciones a destinar los mayores esfuerzos a la supervivencia infantil, con lo que muchas veces ha quedado fuera el análisis de programas como éstos. En todo caso, la atención se ha centrado en los dedicados a la violencia explícita.

Pero tenemos el deber de abrir el debate sobre tales programas, precisamente porque los mismos, con la coartada de la niñez, se llevan por delante derechos elementales como el derecho a la expresión, a la imaginación, al diálogo, a discrepar, al conocimiento, a la cultura.

Partimos, como lo hemos repetido en otras oportunidades, del rechazo al uso social del niño, del rechazo al abuso, a las formas encubiertas de agresión, al intento de mercar con la vida y la imaginación ajenas.

DERECHOS DEL NIÑO EN LA EDUCACION

Antecedentes

Del 23 al 27 de noviembre de 1987, se realizó el taller "Derechos del Niño, Escuela y Comunicación" en CIESPAL. En él participaron Daniel Prieto Castillo, José Laso, Consuelo Carranza Gándara, Diego Pólit, Heriberto Basurto, Jaime Peña, Doris Wheatley, Gladys Romoleroux y José Elías Cárdenas.

Uno de los resultados de este encuentro fue la propuesta para los Derechos del Niño en la Educación.

Propuesta

Dentro de la Declaración Universal de los Derechos de los Niños y las Niñas, algunos artículos tratan particularmente el tema de su educación.

A partir de una reflexión profunda sobre estos artículos y sobre su espíritu, hemos enunciado estos Derechos de los Niños y las Niñas en la Educación.

Antes que formular-enunciar los derechos, hemos preferido desagregar su contenido en una serie de proposiciones que señalan a qué tienen derecho los niños y las niñas, el "por qué" de esos derechos y el "para qué"...

El conjunto de estas proposiciones, así formuladas, al mismo tiempo que revela la lógica profunda que las une, constituye una visión que, al poder complementarse, sugeriría un tratamiento totalizador de la problemática.

Esta forma de tratamiento es en sí una invitación a pensar desde la filosofía, la pedagogía y la práctica, cada uno de estos derechos:

Derecho al conocimiento

De la historia sin estereotipos.

De la propia vida cotidiana.

De su cuerpo.

De la situación social en que viven él y ella y los otros niños.

De su futuro.

De su cultura.

De sus derechos.

Del porqué de las decisiones humanas, de los ordenamientos sociales, de las motivaciones de los adultos.

Para crecer.

Derecho a la imaginación y la belleza

Para no renunciar a la utopía (cómo debe ser su vida).

Para pensar y trabajar por su futuro.

Para descubrir la belleza en la vida cotidiana.

Para enfrentar las ideologías de la violencia y de la muerte.

Para descubrir la belleza y respetar la creatividad de sus semejantes.

Para proponer otra forma de hacer las cosas.

Para romper la pasividad ante el conocimiento impuesto.

Para enriquecer su percepción.

Para cultivar sus propias fantasías.

Para crecer.

Derecho a la cultura

Para conocer sus raíces.

Para revalorizar los modos de hacer, de crear y de organizarse de su comunidad.

Para reconocer y respetar las diferencias culturales.

Para apropiarse con conciencia de los aportes de la cultura universal.
Para evitar los riesgos del etnocentrismo.
Para revalorizar el trabajo manual.
Para crecer.

Derecho a discrepar

Para enfrentar las formas equivocadas de autoridad, esto es, el autoritarismo.
Para no resignarse a la pasividad.
Para apoyar sus decisiones en razones.
Para defender su derecho al conocimiento.
Para defender su derecho a la imaginación.
Para encontrar su propia verdad.
Para no habituarse a la injusticia social.
Para reafirmar sus derechos.
Para crecer.

Derecho a equivocarse

Para no ser reprimido y ridiculizado por sus errores.
Para no crecer en la angustia del error como una culpa.
Para aceptarse a sí mismo y reconocer sus propias limitaciones.
Para aprender a partir de los propios errores y utilizarlos como estímulos para la curiosidad y la investigación.
Para ser tolerante con los errores de los demás.
Para comprender la necesidad de una búsqueda conjunta de la verdad.
Para crecer.

Derecho a la expresión

Para enfrentar la represión a sus distintas capacidades expresivas.
Para defender la espontaneidad en las palabras, en los gestos, en los movimientos, en la risa, en la mirada.
Para aprender a amar su cuerpo.
Para comunicarse libremente con los demás.
Para compartir sin barreras sus experiencias y vivencias.
Para vivir y gozar las posibilidades de los diferentes lenguajes.
Para jugar con la palabra y con el propio cuerpo.
Para defenderse ante los discursos domesticadores.
Para permitir que los demás se expresen.
Para defender su derecho al conocimiento.
Para defender su derecho a la imaginación.
Para ejercer su derecho a discrepar.
Para hacer cultura.
Para crecer.

Derecho a ser escuchado, al diálogo y la respuesta

Para lograr una adecuada socialización y no ser forzado a una adaptación pasiva.
Para reflexionar sobre sus necesidades y derechos.
Para construir relaciones de solidaridad.
Para satisfacer y alimentar su curiosidad.
Para defender sus inquietudes y sus sueños.
Para comprender, compartir y responder al dolor y la alegría ajenos.
Para crear, para hacer cultura.
Para crecer.

Derecho a la no violencia

Para que se respete su vida.
Para dejar de sufrir toda forma de humillación cotidiana.
Para que nadie descargue en él sus frustraciones.
Para que sienta seguridad en sí mismo y en los demás.
Para que no se vea obligado a aprender a odiar.
Para enterrar en el pasado esa monstruosa frase "La letra con sangre entra".
Para dar lugar a su iniciativa individual y grupal.
Para que vaya sembrando un futuro sin violencia.
Para que no le repriman ninguna de sus capacidades expresivas.
Para que no tema.
Para que no se use la situación del niño para limpiarle la mala conciencia a nadie.
Para que crezca en la alegría.
Para que no se explote su imagen en la producción de mercancías.
Para que no se lo use como fuerza de trabajo.
Para que viva.

Derecho a la alegría

Porque en ella se manifiestan su salud, su seguridad, su equilibrio, su ser.
Porque es su más hermosa fuente de comunicación y encuentro.
Porque es la medida de que se están respetando sus derechos.
Porque es el mejor alimento para entretener el futuro.
Porque ningún presente y ningún futuro se construyen con tristeza.
Porque la injusticia social es la constante enemiga de la alegría.
Porque la alegría es el espacio más bello para aprender a ser libres.
Porque no hay desarrollo integral sin alegría.
Porque la alegría es el espacio de su crecimiento.

Derecho al amor

Porque es el único lazo que puede unir el mundo adulto con el suyo.
Porque es la clave del respeto a todos sus derechos.
Porque nadie construye su ser sin amor.
Porque la seguridad de la propia existencia se construye con el amor de sí mismo y hacia los demás.
Porque es la fuente suprema de humanización.
Porque del odio sólo crece odio.

Porque ningún castigo disfrazado de amor deja de ser castigo.
Porque quien permite y fomenta la miseria no ama.
Porque amar es crear vínculos solidarios.
Porque con la excusa del amor no se debe domesticar a nadie.
Porque sólo el amor permite reconocer y da la fuerza para transformar la situación de los niños y las niñas hoy.

Daniel Prieto Castillo
San José, 20 de agosto de 1992